

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES SULPICIO Y SERVILIANO, en Roma, los cuales convertidos á la fe de Jesucristo por las exhortaciones y milagros de santa Domitila virgen, como no quisiesen sacrificar á los ídolos, durante la persecucion de Trajano fueron degollados por mandato del prefecto Aniano.

LOS SANTOS MÁRTIRES VÍCTOR, ZOTICO, ZENON, ACINDINO, CESÁREO, SEVERIANO, CRISÓFORO, TEONAS Y ANTONINO, en el mismo día, los cuales diferentes veces experimentados fueron martirizados en tiempo de Diocleciano.

SAN TEOTIMO, obispo, en Tomis en Escitia, á quien por su gran santidad y milagros veneraban los mismos bárbaros é infieles.

SAN MARCELINO, primer obispo de Ambrum en la Galia, el cual por divina inspiracion vino del Africa con sus compañeros los santos Vicente y Donnino: convirtió á la fe católica á la mayor parte de los habitantes de los Alpes marítimos con su predicacion y hechos maravillosos, en los que aun hoy día resplandece.

SAN MARCIANO, presbítero, en Auxerre de Borgoña.

SAN TEODORO, confesor, en el mismo día, llamado tambien TRICUNAS, por causa del áspero cilicio que traía continuamente; esclarecido en muchas virtudes, especialmente en la potestad contra los demonios, y de su cuerpo mana un unguento que sana á los enfermos.

SANTA INÉS, virgen, del orden de santo Domingo en Monte-Pulciano (ó Policiano), esclarecida en milagros. (*Véase la historia de su vida en este día.*)

SANTA INÉS DE MONTE-POLICIANO, DEL ÓRDEN DE SANTO DOMINGO.

NACIÓ Sta. Inés en Monte-Policiano, ciudad de la Toscana, el año de 1274. Sus padres, distinguidos por su nobleza y por su riqueza, pero mucho mas por su virtud, no perdonaron medio alguno para la cristiana educacion de la niña, persuadidos á que Dios la destinaba para grandes cosas, y que eran pronóstico de su elevada santidad las milagrosas luces que se dejaron ver en el cuarto en el mismo instante en que nació.

Anticipóse la devocion á la razon; apenas sabia articular las palabras, y ya mostraba el gusto que tenia en rezar. Cuando la estaban enseñando el *Padre nuestro*, y el *Ave, María*, se la notó que se retiraba á un rincon, y que pasaba en él de rodillas



STA. INES
DE MONTE POLICIANO.

muchas horas. Preguntada, qué hacia allí, respondia: *Estoy rezando, y aprendiendo la leccion.*

Desde la cuna dió ya á entender, como podia, su ardiente amor á Jesucristo, y la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen; porque en mostrándola alguna imágen del Hijo ó de la Madre, saltaba de alegría. Nunca fué niña en materia de devocion. Crecia en edad, crecia en virtud, y al mismo paso crecia tambien en ella el disgusto á todas las cosas del mundo. A los cinco ó seis años de su edad decia claramente que queria ser religiosa. Aunque sus padres tenian mucha gana de que se quedase en el siglo, no se pudieron resistir á las instancias, á las lágrimas y á los suspiros con que anhelaba continuamente por el convento. Luego que cumplió nueve años la llevaron al monasterio de las Saquinas; llamadas así porque traian un escapulario de aquella estopa grosera de que se hacen los sacos. Pusieronla al cuidado de una virtuosa y prudente maestra, llamada Margarita, la cual admiró desde luego la abundancia de gracias con que el cielo habia prevenido á aquella alma inocente; y se vió precisada á moderar su fervor en vez de tener necesidad de escitarle, conociendo que el Espíritu Santo habia tomado de su cargo la direccion de aquella alma privilegiada.

A pocos dias fué Inés la admiracion de toda la comunidad. Su humildad ingenua y sincera; la mortificacion de los sentidos que admiraba á las mas perfectas; su puntualidad, su fervor, su tierna devocion, el grande amor que tenia á la oracion; una apacibilidad y una modestia religiosa que cautivaba; una obediencia, un rendimiento tan ciego que parecia haber nacido Inés sin amor propio y sin propia voluntad; en fin, una alegría santa, que se difundia en todas sus acciones, y se dejaba notar en todos sus modales: todo este conjunto hacia formar tan elevado concepto de su virtud, que cierta abadesa extranjera, mujer de singular mérito, la cual andaba visitando algunos monasterios de orden del señor obispo de Arezo, admirando las estraordinarias prendas de aquella virtuosa niña, se dejó decir, que no honraria menos esta Inés á la religion con sus virtudes, que la otra Inés romana habia honrado á la Iglesia con su martirio.

Como era tan consumada su prudencia en medio de ser tan pocos sus años, que apenas llegaban á catorce, no dudó la comunidad encargarla el cuidado de lo temporal; cuya administracion desempeñó con tanto acierto, con tanta inteligencia y tan á gusto de todas, que acreditó con nueva esperiencia que la virtud da entendimiento, y puede suplir la falta de la edad.

Pero la misma reputacion de su estraordinaria virtud privó

presto de este tesoro al monasterio de Monte-Policiano. Informadas y movidas de las maravillas que se contaban de sor Inés las religiosas de un convento que se acababa de fundar en Proceno, pequeña ciudad del condado de Orvieto, alcanzaron del papa Nicolao IV que se la diese por prelada, aunque habia pocos dias que habia hecho la profesion, y tenia solos diez y ocho años; pero el efecto acreditó haber sido de Dios esta eleccion.

Persuadióse desde luego nuestra Inés á que solo estaba á la frente de las otras para darlas mayores ejemplos de humildad, de mortificacion y de observancia. En la inteligencia de que el cargo que la habian encomendado, no daba otra preeminencia sobre las demás que imponerla la mas estrecha obligacion de servir á todas de guia y de modelo, no es fácil esplicar hasta qué punto de perfeccion llegó su religioso fervor. Ayunaba todos los dias á pan y agua: dormia sobre la desnuda tierra, sirviéndola de cabecera una piedra. Era jóven y de complexion débil, con que el rigor de sus mortificaciones y los excesos de sus penitencias estragaron tanto su salud, que lo restante de su vida fué una continua y dolorosa enfermedad.

Una que padeció á los veinte y ocho años de su edad, tan grave que la redujo al último peligro, obligó á sus confesores y prelados á valerse de toda su autoridad para moderar sus penitencias. Pero la paciencia y la alegría que mostró en la enfermedad, no edificó menos á sus hermanas é hijas, que las demás virtudes de su santa madre.

A la verdad, recompensaba Dios abundantemente aquella santa severidad que por su amor ejercia Inés contra sí misma. Favorecida frecuentemente de visiones celestiales, y colmada de aquellas inefables dulzuras que da el Señor á gustar en la contemplacion á las almas privilegiadas, conversaba familiarmente con su divino Esposo, y cuando se acababa la oracion, era para ella un doloroso sacrificio.

Conocieron los vecinos de Monte-Policiano la gran pérdida que habian hecho de dejar á los de Proceno la posesion en nuestra Inés; y viendo que ni las súplicas, ni la autoridad de los prelados habian sido bastantes para recobrar esta prenda, se valieron de un piadoso artificio, que les salió á medida de su deseo.

Acordáronse del que habia mostrado nuestra Santa siendo aun todavía niña de ver convertida en convento de penitencia una casa de mujeres públicas, que habia á la entrada de la ciudad; y se obligaron á ejecutar este piadoso proyecto, con tal que viniese la misma Inés á gobernar dicha casa. Cedió el amor del retiro al zelo de la salvacion de las almas; y obtenida licencia para pasar

á hacer la nueva fundacion, tuvo el consuelo de ver acabado en muy poco tiempo el convento. Formóse presto una comunidad numerosa por la priesa que se daban todas á venir á ponerse debajo de su gobierno. Entabló en el monasterio la primitiva regla de S. Agustin segun el instituto y espíritu de Sto. Domingo; y conseguida del legado apostólico la confirmacion, se dedicó enteramente á formar el edificio espiritual, que estaba empeñada en fabricar al Señor cultivando á sus nuevas hijas.

Desde luego se notó la ejemplar observancia y el fervor de espíritu de toda aquella numerosa comunidad de vírgenes, animadas con el ejemplo de su santa fundadora. Bramaba el infierno de rabia; pero en vano, viendo triunfar la pureza, y todas las demás brillantes virtudes donde habia reinado la abominacion. Estableció Inés en aquel convento el espíritu de la primitiva regla con tanta felicidad, que desde entonces comenzó á ser venerado el nuevo monasterio de Monte-Policiano como un milagro de la perfeccion religiosa.

Admirábanse todos cómo aquella santa doncella no se rendia al peso de tantos trabajos y de tantas enfermedades; pero no era este solo el continuado prodigio que obraba Dios en su sierva. Las frecuentes apariciones de los ángeles, de Sto. Domingo, de S. Francisco, de la Reina de los cielos y del mismo Jesucristo, la colmaban de tales consuelos y dulzuras interiores, que solo se pueden percibir bien cuando se gustan. Por la oracion de nuestra Santa brotó un manantial de agua viva, de virtud muy prodigiosa para curar todo género de enfermedades, y hasta hoy se llama *el agua de Sta. Inés*. Habiendo acometido á una de sus hijas una fluxion á los ojos, tan violenta que perdió enteramente la vista, y entendiendo la santa prelada que los padres de la enferma disponian sacarla del convento para solicitar su curacion, hizo oracion por ella, y al punto recobró la vista aquella religiosa. Resucitó tambien con su oracion á un niño que se habia ahogado en los baños; y por toda Italia resonaban las grandes maravillas que obraba Dios en Monte-Policiano y en otras partes por la intercesion de Sta. Inés.

Consumida en fin al rigor de sus grandes penitencias, prolijas enfermedades y trabajos, conoció que el Señor la queria sacar de este destierro. Fué tan excesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus de sus amorosos deseos de verse cuanto antes con Dios, que apenas los podia contener. Los postreros dias de su vida apenas fueron mas que una continua oracion; y aunque eran indecibles los dolores que padecia, al ver la alegría y la serenidad de su semblante, parecia que

no estaba enferma. Finalmente, sintiendo ya que se acercaba la última hora, recibidos los sacramentos de la Iglesia con nuevo fervor, y rodeada de sus hijas, que se deshacian en lágrimas, rindió dulcemente el espíritu en manos de su Criador hácia la media noche del dia 20 de abril del año de 1317, de edad de cuarenta y tres años, habiendo pasado los treinta y seis en el monasterio.

Al punto fué anunciada su muerte por muchos niños de pecho, que comenzaron á gritar en varias casas de la ciudad desde las cunas: *Ya murió sor Inés*. Los que fueron testigos de esta maravilla la publicaron luego que amaneció, y acudiendo al convento, supieron de boca de las religiosas, que la Santa habia muerto el mismo instante en que los niños lo anunciaron. Hizo Dios glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró en él, siendo grande el concurso de los fieles á venerarle. El papa Clemente VII permitió á los moradores de Monte-Policiano el culto público de nuestra Santa con fiesta y oficio, por una bula espedita en 28 de mayo de 1532. Clemente VIII, á instancias de Enrique IV, estendió este permiso á todas las casas de la órden de Sto. Domingo. No contribuyó poco á esta estension de culto Leonor de Borbon, tia del rey, y abadesa de Fontevrau, en cuyo reconocimiento los vecinos de Monte-Policiano regalaron á este monasterio con reliquias de Sta. Inés. Su devocion ha penetrado hasta el centro de las Indias y de la América, donde se hallan iglesias y monasterios dedicados á su nombre.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la Santa la siguiente:

O Dios, que sois nuestra salvadora vírgen Sta. Inés, así consigamos el fervor de una devocion piadosa. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 7 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Cada uno permanezca delante de Dios en aquello para que fué llamado. En orden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conse-

guido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no

pretendas soltura. ¿Estás suel- casare, no pecó; con todo eso,
to de la mujer? no busques es- estos padecerán la tribulacion
posa. Pero si tomares mujer, de la carne.
no pecaste. Y si una virgen se

REFLEXIONES.

1 *Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat.* Hay en el hombre cierto fondo ó cierto fermento natural de inquietud y desasosiego, que toda novedad le encanta; pero no le apaga, ni le satisface. Enemigos de nuestro reposo, apenas acertamos á ocuparnos sino en lo que nos turba: la ausencia del bien imaginario ó real agujonea el apetito, y la posesion le fastidia. Parece que solo tenemos ingenio para atormentarnos. Pocos hay que estén contentos con su estado, y acaso ninguno que no imagine que seria mas feliz en otro: enfermos inquietos y antojadizos, que juzgan consiste en mudar de aire ó de cuarto todo el remedio del mal que llevan consigo mismos. Tal es el error de aquellos, que descontentos con el empleo, ó con el estado en que los ha colocado la divina Providencia, se figuran que en cualquiera otro asegurarian mas su salvacion; que en otro clima darian mas fruto; y que sus talentos pedian otro empleo. Somos ciegos, dice el Espíritu Santo, y no advertimos que el verdadero origen de nuestras inquietudes está dentro de nosotros mismos. Mantengámonos en el estado en que Dios nos puso: *Nescitis quid petatis.* Contentémonos con el empleo, y con el lugar en que Dios nos tiene. En todas partes hay cruces y hay espinas. Cuando la serenidad dura mucho tiempo, causa sequedad. En ninguna parte estamos bien, sino donde Dios nos quiere. No solicitemos mudar estado, empleo ó condicion, cuando no hay cosa contraria á la ley de Dios; pero procuremos cumplir todas las obligaciones de la justicia en nuestro estado; trabajemos en reformar nuestras costumbres y en mudar de conducta. Son imagines, pueriles, pensamientos inútiles, error craso ocuparse en pensar lo que se debia hacer, y no pensar en hacer lo que se debe.

De virginibus autem præceptum Domini non habeo. Es privilegio muy precioso conservar toda la vida la virginidad. Como en este estado nos acercamos á los ángeles, parece que nos constituye en una especie de clase superior á la de los hombres. Las virgenes son las que siguen al Cordero á cualquiera parte donde vaya. (*Apoc. 14.*) Privilegio fué de la virginidad recostarse en el pecho de Jesus: aquellas gracias especiales que reparte la predi-

leccion, se reservan ordinariamente para las almas castas. Con todo eso, dice S. Pablo, si estás atado con el vínculo del matrimonio, vive contento, y no desees desprenderte de él: *Alligatus es uxori? noli querere solutionem.* El que se casa, hace bien; pero el que no se casa, hace mejor: mas cácese, ó no se case, en cualquiera estado que esté, su vida debe ser inocente. La virginidad es don de Dios: por eso no es mas que de consejo; pero la pureza es de precepto. No entrará en el cielo cosa manchada. Es la pureza la virtud de los cristianos: á la verdad, es una flor muy delicada, pero debe ser comun, y no se puede conservar sino entre espinas. La vigilancia la defiende, la devocion la fomenta, la mortificacion la nutre, y en esponiéndola al viento se marchita. Ningun estado pide mayor vocacion de Dios que el matrimonio; y ninguna vocacion pide mayores pruebas. ¡Cosa rara! Todos dicen, y dicen bien, que no se debe abrazar el estado religioso inconsideradamente; que es menester consultarlo con Dios, examinar la vocacion, prever las dificultades, comprender las obligaciones, no ignorar las cargas y los trabajos: siendo así que es un estado tan santo, que en él está á cubierto la inocencia; que no hay peligros; que todos los dias amanecen serenos, y que el cielo está en una gran calma. Pero trátese de una conveniencia que se ofrece en el mundo, donde todo es tentacion, todo peligros, todo sedicion de la carne, todo motin de las pasiones, todo estorbos, todo agitaciones, todo tinieblas, todo huracanes y tempestades, ¿se examina por mucho tiempo la vocacion? ¿se consulta mucho con Dios? ¿se pesa y se pondera aquella portentosa carga de obligaciones? ¿se tarda en deliberar sobre una eleccion de tanta importancia? ¿y cuáles suelen ser los principales motivos de semejantes determinaciones? ¿hácese en ellas mucho lugar al motivo de agradar á Dios? ¿tiénense muy presentes la religion, la virtud y la salvacion? Y despues de esto, ¿nos admirarémolos de que haya tan pocos matrimonios felices y dichosos! ¿nos admirarémolos de que sean tantos los que se condenan en el estado del matrimonio! Es cierto que puede uno ser santo en este estado; pero tambien lo es el que es menester vivir en él como vivieron los santos.

El Evangelio es del capitulo 17 de S. Juan.

En aquel tiempo habló Je- Hijo, para que tu Hijo tambien
sus estas cosas; y alzando los te glorifique; así como le has
ojos al cielo, dijo: Padre, ha dado potestad sobre todos los
llegado el tiempo, glorifica á tu hombres para que dé la vida

eterna á todos aquellos que le has consignado. La vida eterna, pues, es que te conozcan á tí solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra. Consumé la obra que me encargaste para que la hiciese : ahora pues, ó Padre, glorifica-

me delante de tí mismo con aquella gloria que tuve para contigo antes de que existiese el mundo. Manifesté tu nombre á aquellos hombres que me encargaste en el mundo : tuyos eran, y me los encargaste á mí; y han guardado tu palabra.

MEDITACION.

De la verdadera virtud propia de cada estado.

PUNTO PRIMERO. — Considera que cada uno se representa la virtud del estado ajeno, y pocos se aplican á conseguir la que es propia del suyo. Los pobres piensan en los medios que tienen los ricos para santificarse; y los ricos juzgan que no es fácil ser santo no siendo pobre. A los mozos les parece que la vejez es el tiempo único y oportuno para pensar en la salvacion; y los viejos dicen que pasada la mocedad, se pasó la sazón de aplicarse á la virtud. Los seglares no quieren creer, que es posible y muy posible ser santo sin salir del mundo; y los religiosos se forman una idea estraña de la santidad: colócanla en lo sublime, en lo maravilloso, y nada les parece santo, si no huele á prodigioso y á estraordinario. De manera, que por esta cuenta, la santidad, que, por decirlo así, es un fruto que se da en cualquiera tierra, según la estraordinaria imaginación del amor propio no se halla sino en lugares inaccesibles.

¿Pero qué diremos, mi Dios, de aquel espreso precepto nuestro en que nos mandais que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial? ¿á qué estado, á qué edad habeis vos dispensado de esta ley? Si hay algun cristiano que no pueda ser santo, ¿á qué fin imponernos un precepto que habla universalmente con todos?

Es cierto, pues, que Dios quiere seriamente que todos seamos santos; pero no lo es menos, que ninguno lo será sino cumpliendo exactamente con las obligaciones de su estado. Toda idea de santidad que no sea de este carácter, es falsa y engañosa. Las devociones poco proporcionadas, ó poco convenientes á nuestro estado, son puras ilusiones del orgullo y del amor propio. Búrlase el enemigo de la salvacion con esas falsas apariencias de la credulidad de un alma simple: toda devocion que nos desvia de nuestro estado, es descamino.

No hay error mas grosero ni mas universal. Todos quieren representar el papel que no se les ha encargado: todos quieren servir á Dios en lo que Dios no quiere que le sirvan. A un criado que sirviese no mas que según su capricho, ningun amo le sufriria en su casa mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las demás virtudes cristianas, es cierto que convienen á todo género de gentes; pero no todos los ejercicios de devocion convienen á todos. El retiro, el frecuente trato con Dios en la oracion, la ignorancia ó la abstraccion de los negocios seculares y el olvido de sus parientes, son virtudes muy propias de un religioso; pero un oficial, un magistrado, un padre de familias serian reprobables si fuesen negligentes en las obligaciones de su estado. En cumplir exactamente con estas obligaciones, y en la fidelidad en hacer lo que Dios manda, consiste en rigor la perfeccion del cristiano. ¡Qué error tan craso es no concebirla jamás sino en la soledad, en los desiertos y en la cima de las mas altas montañas! Cualquiera tiene en su mano la santidad; nace la virtud cristiana en todas las tierras, en todas las heredades del Padre de familias; si alguna no produce este precioso fruto, es culpa de los obreros.

¡Qué consuelo tan grande es saber que en todos los estados puede uno ser santo, y que la santidad propia de cada estado es muy fácil! ¡pero qué dolor, qué tristeza, qué amargura la de no querer ser santo, pudiéndolo ser tan fácilmente!

PUNTO SEGUNDO. — Considera la bondad infinita de Dios en haber puesto la santidad de cada uno en el cumplimiento de las mismas obligaciones de su estado. ¿Podia ponerla mas á tiro de nuestro alcance? ¿podia hacérsela mas fácil y á nosotros mas inescusables?

¿Eres religioso? pues tu santidad consiste en la perfecta observancia de tu instituto y de tus reglas. ¿Te hallas elevado á los mayores empleos? pues tendrás gran mérito en el cumplimiento de tus obligaciones; y no hay virtud mas brillante que la que es inseparable de los buenos ejemplos. El nacimiento oscuro, la condicion humilde, las enfermedades y las desgracias, son á la verdad los medios mas eficaces para conseguir una elevada santidad; pero la prosperidad ni es estorbo, ni lo fué jamás. Sin duda es menester ser humilde, dulce, sufrido, caritativo para ser santo; pero todo esto lo puedes y lo debes ser en cualquier estado. Para entrar en el cielo necesariamente se ha de caminar por muchas cruces; pero consuélate con que la sabia providencia de Dios sembró de ellas todos los estados, y solo

consiste en saber aprovecharse de su carga. También son necesarias las buenas obras; ¿pero cuantas puede hacer cada uno sin salir de su casa? Los cuidados de la familia son las principales obligaciones de la virtud.

Sean en buen hora loables, sean preciosas todas las devociones; pero ninguno está seguro de que ejecuta las que Dios quiere, sino el que hace las que son propias de su estado. Solas estas están seguramente en su debido lugar. No toca á los criados escoger los oficios: al amo pertenece el determinárselos. Si no son de la eleccion y del gusto de éste, no aprecia los trabajos mas penosos ni los servicios mas desinteresados; ¿de qué servirá trabajar mucho, si no es de su gusto lo que se trabaja?

¿Puede haber mayor ilusion que la de aquellas personas que desatienden á las obligaciones de su estado por dedicarse á otras imaginarias devociones, que en realidad solo son un refinado artificio del amor propio, disfrazado con máscara de piedad? Aunque se omitieran todas las obras de supererogacion; visitas de enfermos, obras de misericordia, penitencias y mortificaciones corporales, cumpliría perfectamente con su obligacion el que sin ellas pudiese cumplir perfectamente con todas las obligaciones de su estado. Por el contrario, aunque tú solo hicieras todos los ejercicios espirituales posibles; aunque te abrasara el zelo mas ardiente; aunque te ejercitaras dia y noche en obras de misericordia; si olvidabas ó desatendias á las de tu estado, no serias siervo prudente, bueno y fiel. Cualquiera otra idea de virtud es falsa, es ilusoria. No encontrarás santo alguno que hubiese seguido otra ruta: cualquiera otro sendero es descamino. ¿Puede haber mayor consuelo que hallar cada uno dentro de su misma condicion, dentro de su mismo estado, dentro de su misma edad, toda aquella abundancia de gracias, aquella multitud de auxilios, aquel cúmulo de medios y de ejemplos que ha menester para ser santo? ¿Pero puede haber mayor desgracia que no haberlos conocido, ó no haberse sabido aprovechar de ellos para serlo?

Repréndome, Señor, y reconozco lo mal que he hecho hasta aquí en figurarme una imaginaria imposibilidad de arribar á la santidad mas eminente, sin salir de la esfera de mi estado. En las obligaciones mas ordinarias y mas precisas de él, tengo cuantos medios he menester para santificarme con el auxilio de vuestra divina gracia. Concedémela, Señor, concedémela para que me aproveche de ellos.

JACULATORIAS. — Nada hago sino lo que mi Padre celestial quiere que haga. (*Joan. 8.*)

¿Cuan bueno es el Señor Dios de Israel para los que le sirven derechamente en lo que le deben servir! (*Ps. 72.*)

PROPOSITOS.

1. Es artificio muy ordinario del enemigo de la salvacion hacer que se nos represente la santidad como un fruto de paisés muy remotos, ó que solo se produce en las cumbres de los montes mas empinados. A favor de estas falsas aprehensiones nunca nos la imaginamos á tiro; y nuestra imaginacion siempre nos la pinta allá entre unos léjos muy desviados y con colores poco comunes. ¿Vivese en el mundo? pues se considera la santidad como atrincherada dentro de los claustros, y cubierta con las mortificaciones y penitencias de la vida religiosa. ¿Se ha logrado la dicha de abrazar esta vida? pues piérdese el aliento en el camino de la perfeccion, porque no hay forma de concebir la santidad, sino revestida de aquellas acciones ruidosas, de aquellos prodigios de penitencia, de aquellos dones de contemplacion sublime y elevada que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrige desde este punto una idea tan falsa y tan perniciosa; y deponiendo tu error, descubre este tesoro dentro de tu mismo terreno. Persuádetes que tu perfeccion está únicamente aneja al cumplimiento de las obligaciones de tu estado. De ninguna otra cosa alabó el Espiritu Santo á la mujer fuerte, sino de que hiló, de que trabajó, de que cuidó de su casa y familia, y fué siempre obediente á su marido. Este debe ser el verdadero elogio de una señora cristiana. No gusta Dios de esas largas horas que pasas en la iglesia, ni de esas visitas de los hospitales, si mientras tanto la ausencia de tu casa es causa de mil desórdenes en la familia. No hay virtud donde no hay orden, y todo le trastorna cuando no atiendes á las obligaciones de tu estado. Hay tiempo para todo; pero haz todas las cosas á su tiempo. Ten zelo de la salvacion de los otros; pero no descuides de la tuya. Haz obras de supererogacion; pero sea del tiempo que sobra de las obligatorias. Da limosna; pero paga á los oficiales y á tus acreedores. Esta leccion es importantísima: en no cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado, no hay devocion, no hay virtud.

2. Sea este el primer cargo que te has de hacer en el examen de conciencia; y sea lo primero de que te acuses en las confesiones las faltas contra las obligaciones de tu estado; y cuenta por nada todas las devociones de mucho ruido, si faltas á estas primeras obligaciones, que por lo comun son de poco lustre, pero de

gran mérito. Si eres religioso, estudia bien los deberes de tu estado, y sé exactísimo en la observancia de las mas menudas reglas. Es loable un zelo ardiente: no hay duda que el rigor de la penitencia tiene grandes utilidades en órden á la perfeccion; pero si por hacer muchas cosas á que no hay obligacion, se dejan de hacer las que Dios manda; si con un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortando con tanta elocuencia á los demás á que sean fervorosos, puntuales y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exacto y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo le pondrás en práctica. Consulta con un prudente y zeloso director lo que debes reformar en este punto.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

SAN ANSELMO, obispo, en Cantorbery en Inglaterra, esclarecido en santidad y doctrina. (*Véase su vida hoy.*)

El **GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN SIMEON**, obispo de Seleucia y Ctesifon, en Persia, el cual por órden de Sapor, rey de los Persas, siendo preso y cargado de cadenas y presentado delante de los inicuos tribunales, como no quisiese adorar al sol, y con libertad y gran constancia diese testimonio de Jesucristo, primero fué atormentado por largo tiempo en una estrecha prision con otros ciento (compañeros), de los cuales unos eran obispos, otros presbíteros, y otros clérigos de diferentes órdenes; luego despues como Usthazanes padre nutricio del rey, el cual habiendo antes flaqueado en la fe, por exhortacion de S. Simeon reducido á la penitencia hubiese padecido con grande esfuerzo el martirio; al dia siguiente que era el viernes santo, todos aquellos ciento (compañeros) en presencia de Simeon, quien á cada uno de ellos en particular exhortaba valerosamente al martirio, fueron degollados; y por último degollaron tambien al mismo S. Simeon. Con él padecieron tambien los esclarecidos varones **ABDECALA Y ANANIAS**, presbíteros suyos. A **PUSICIO**, superintendente de los arquitectos del rey, por haber animado á Ananias que titubeaba, le rompieron el cuello por junto al gáznate, y sacándole por allí la lengua, padeció una cruel muerte; despues martirizaron tambien á una hija suya, virgen consagrada á Dios.

LOS SANTOS MÁRTIRES ARATOR, presbítero, **FORTUNATO**, **FELIX**, **SILVIO Y VIDAL**, en Alejandria, los cuales murieron en la cárcel.

LOS SANTOS APOLO, **ISACIO Y CROTATES**, en Alejandria, martirizados en tiempo de Diocleciano.

SAN ANASTASIO, obispo de Sina, en Antioquia.